

Economía política

Lecturas complementarias tema 1

Grandes economistas freaks

1. Richard Cantillon, el misterioso

El 15 de mayo de 1734 el Daily Journal publicaba en Londres la noticia de un incendio que había destruido tres lujosas casas de la ciudad. Una de ellas, aquella en la que se había declarado el fuego, pertenecía a un conocido banquero, Richard Cantillon.

Los primeros exámenes indicaban que el incendio había empezado en su habitación, seguramente cuando, en el curso de la noche, se quedó dormido mientras leía un libro y la llama de una vela hizo arder algunos de sus papeles o los cortinajes. Entre los restos se encontró un cuerpo totalmente calcinado e irreconocible. Nadie dudó que Richard Cantillon había muerto como consecuencia de un infortunado accidente. Pronto se vería, sin embargo, que las cosas no estaban tan claras como parecía.

El personaje había nacido en Irlanda el año 1697. Durante años se dedicó con gran éxito a la banca, residiendo en París, y manteniendo casas abiertas en distintas ciudades europeas. Hizo una gran fortuna anticipando la caída del complejo sistema financiero diseñado por John Law; pero sus operaciones financieras, de las que no tenemos datos precisos, fueron algún tiempo después el motivo de diversos pleitos promovidos por personas arruinadas en aquella crisis.

Cantillon tenía enemigos, pero, ¿pudo su muerte tener algo que ver con ellos? Aunque los incendios en las ciudades eran bastante habituales, los investigadores del caso sospecharon pronto. La policía detuvo a tres criados, a los que el fiscal llevó a juicio con el cargo de asesinato. En su opinión, había indicios de que habían entrado en la habitación de Cantillon para robarle 10.000 libras esterlinas. Para ello, le habrían cortado la garganta mientras dormía y, tras apoderarse del dinero, habrían prendido fuego a la casa.

El jurado, sin embargo, consideró que los argumentos del fiscal no tenían fundamento suficiente y no tuvo dudas a la hora de absolver a los tres acusados. Faltaba, además, el principal sospechoso del caso, Joseph Denier, antiguo cocinero de Cantillon, que había sido despedido de la casa diez días antes, a quien resultó imposible localizar.

Pero el misterio no termina aquí. Unos meses después, en enero de 1735, llegó a la colonia holandesa de Surinam, en América del Sur, un personaje que se hacía llamar el Caballero de

Louvigny. Al capitán del barco en el que llegó le había llamado la atención que su equipaje incluía 16 rifles, un barril de pólvora, un barrilito con instrumentos de hierro y gran cantidad de guineas de oro.

El capitán informó al gobernador de sus sospechas acerca del extraño pasajero y se libró orden de que compareciera para examinar su pasaporte. El pasajero no se dio por enterado y huyó. El gobernador de la colonia dio de inmediato órdenes para su captura; pero el caballero nunca fue encontrado y quedó para siempre la duda de si habría muerto en la selva o si habría conseguido escapar. En el lugar en el que había estado oculto, antes de su huida, aparecieron documentos de Cantillon, entre los que había tenencias de títulos y su testamento.

¿Era el supuesto Caballero de Louvigny el antiguo cocinero? O, puestos a especular, ¿pudo haber sido el propio Cantillon quien había escapado a América con su dinero para huir de sus enemigos?

La gran aportación de Cantillon a la historia de las doctrinas económicas fue su libro *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, que no vio la luz hasta 1755, muchos años después de su muerte. Para algunos especialistas, es la mejor obra de economía escrita en el siglo XVIII, superior incluso al libro de Adam Smith, por lo que cabría atribuir a su autor el título de “padre de la economía política”. Y muchas de las ideas de después tienen precedentes en este libro.

Francisco Cabrillo: Economistas extravagantes. Ed. Hoja Perenne, Madrid, 2006

Una de las genialidades del *Ensayo sobre la naturaleza del Comercio en general* es que concibe la economía como un sistema organizado de mercados organizados relacionados entre sí que funcionan de manera que tienden al equilibrio, de manera que cualquier alteración en uno de ellos tendrá consecuencias para los demás.

Señaló tres puntos claves para la economía clásica y para el desarrollo del liberalismo económico. En primer lugar, dijo que la economía tendía al equilibrio gracias a la acción de empresarios que buscan su bien personal (algo no muy distinto a lo que haría famoso a Adam Smith algunos años después). En segundo lugar, planteó su convicción de que una economía funciona mejor sin interferencias del gobierno. Finalmente, defendió la necesidad de unos derechos de propiedad claros, para que el mercado funcione y para que los empresarios inviertan. Por último, señala con claridad la relación existente entre la cantidad de dinero y los precios de las cosas.

2. John Stuart Mill, un caso de psiquiátrico

“No recuerdo a qué edad empecé a aprender griego. Creo que fue a los tres años”. Con estas sorprendentes palabras empieza John Stuart Mill la narración sobre su educación que escribió en las páginas de su Autobiografía. El responsable de esta auténtica barbaridad pedagógica fue su padre James Mill, personaje importante del mundo intelectual británico de los primeros años del siglo XIX tanto por sus trabajos sobre economía política como por su Historia de la India Británica, obra que no sólo le daría un gran prestigio, sino que también sería la base de su seguridad económica, al permitirle conseguir un puesto en la administración de la Compañía de las Indias Orientales, empresa en la que llegaría a ocupar cargos de muy alta responsabilidad.

Mill padre pensaba que la educación de una persona tenía mucho menos que ver con sus condiciones o gustos personales que con la formación que le fuera inculcada desde una edad muy temprana. Por ello se ocupó personalmente muy pronto de su hijo mayor, John Stuart. Y encargó enseguida a éste que contribuyera también a la enseñanza de sus numerosos hermanos pequeños. Así tenemos a nuestro personaje estudiando latín a los seis años, para luego adentrarse en las matemáticas y las ciencias, y terminar analizando con su padre en largos paseos las ideas fundamentales de los Principios de Economía Política y Tributación de David Ricardo... cuando tenía doce años. Treinta años más tarde, en 1848, Mill escribiría también sus Principios, la obra de economía más importante publicada en Gran Bretaña desde la aparición del libro de Ricardo.

No es sorprendente, con estos antecedentes, que con sólo los dieciséis años el joven John Stuart Mill estuviera ya trabajando en la misma empresa que su padre, cuyo cargo acabaría desempeñando con el tiempo. Nunca fue a un colegio o a una universidad, centros en los que, en opinión de su padre, la principal actividad era la pérdida de tiempo.

Nuestro personaje había nacido en Londres en 1806 y muy pronto se convirtió, siguiendo las ideas de su padre y del maestro de éste, Jeremy Bentham, en un utilitarista convencido. Su vida personal no tuvo realmente muchos acontecimientos dignos de mención, como él mismo reconocía. Pero su evolución intelectual fue muy compleja y habría podido constituir, sin duda, un campo de estudio muy interesante para cualquier psiquiatra. Tenía apenas veinte años cuando sus principios utilitaristas entraron en crisis y él mismo cayó en una seria depresión. Su vida fue de hecho una extraña lucha entre los principios que su padre le había inculcado de forma autoritaria y su afán por librarse de ellos.

Para acabar de arreglar sus problemas se enamoró de una señora casada. Contaba nuestro economista sólo con veinticuatro años; y no dudó en mantener una relación amorosa puramente platónica con ella hasta que murió su marido. Lo malo es que este señor vivió todavía veinte años más. Pero, por fin, en 1851 se casaron. Podría pensarse que aquí acabaron sus desgracias. Lamentablemente, sin embargo, las cosas no fueron así. Parece que su madre tenía en muy poca estima a una señora que no había sido especialmente fiel a su esposo, aunque la infidelidad nunca fuera más allá del mundo de las ideas; y tal sentimiento llevó al hijo a separarse de ella. Y tanto lo hizo que su madre no es mencionada ni una sola vez en su ya citada Autobiografía.

Su esposa, Harriet Taylor, era una mujer de carácter, con claras simpatías por las ideas feministas y por el socialismo, que ejerció una clara influencia en su segundo esposo. Se ha apuntado alguna vez que lo que hizo John Stuart Mill con esta relación fue sustituir a un padre autoritario por una esposa de las mismas características, ya que su educación lo dejó para siempre con la necesidad de convivir con alguien de carácter fuerte, que contribuyera a modelar su pensamiento. Sea esto cierto o no, la verdad es que, una vez fallecida su mujer, Mill se replanteó muchas de las ideas que había defendido anteriormente bajo su influencia, en especial su defensa de algunos principios socialistas. Pero nuestro personaje claramente no era capaz de lograr su independencia. El resto de su vida estuvo acompañado por Helen Taylor, la hija de su esposa; y pasaba la mitad del año en Aviñón para poder estar cerca de su tumba. En esta ciudad francesa murió nuestro economista el año 1873 sin haber llegado, seguramente, a solucionar sus propios problemas personales.

Francisco Cabrillo: Economistas extravagantes. Ed. Hoja Perenne, Madrid, 2006

Respecto a sus contribuciones, él mismo señaló que su único y más importante aporte era la diferenciación entre las leyes de la producción y de la distribución. Respecto a las primeras dijo que son de carácter natural; la intervención humana no puede cambiarlas. Las leyes de la distribución son el producto de arreglos sociales, siendo las instituciones quienes determinan y realizan la distribución. En este punto se diferenciaba de la gran mayoría de pensadores clásicos quienes construyeron un sistema que fue utilizado políticamente para cerrar el paso a las masas oprimidas ya que según este no había forma de mejorar la retribución al trabajador pese a la buena voluntad que se tuviera.

La propiedad privada para Mill es un derecho que no debe ser considerado como absoluto de manera que la sociedad puede hacer valer sus criterios cuando se genere un conflicto con el bien público.

También estudió el comercio internacional y su principal consideración es la forma en que las ganancias obtenidas del comercio internacional se repartían entre los países. Introdujo el concepto de los costes de transporte y analizó la influencia de las tarifas impositivas en el comercio.

3. Knut Wicksell, el blasfemo

Knut Wicksell debe ser considerado como uno de los grandes padres de la teoría económica del siglo XX. Sin sus trabajos no se entiende, por ejemplo, la evolución de la teoría monetaria de la década de los años veinte de la que derivó, entre otras cosas, el primero de los grandes debates entre Hayek y Keynes, que tuvo la particularidad de enfrentar dos modelos teóricos que, en ambos casos, se consideraban herederos de la obra de Wicksell. Y James Buchanan, el creador de la moderna teoría de la elección pública, que ha replanteado el papel del Estado en la vida económica en nuestros días, siempre ha considerado la obra hacendística de Wicksell como una de las fuentes inspiradoras de sus análisis.

Al principio, sus trabajos científicos no recibieron, sin embargo, el reconocimiento que merecían. Y su vida no fue siempre cómoda. Nació Wicksell en Estocolmo, en el seno de una familia de comerciantes de clase media, en 1854. Su carrera académica fue poco destacada. Tuvo que esperar hasta los cincuenta y tres años para conseguir una cátedra universitaria. Y, como ésta estaba integrada en la Facultad de Derecho, a los cuarenta y ocho años se vio obligado a cursar esta carrera para poder ser candidato a la plaza que, finalmente, ocuparía. Sus ideas sobre las leyes y la organización de la sociedad sueca fueron a menudo controvertidas y, en muchos casos, levantaron contra él la indignación de sus conciudadanos. Así, en 1892 se opuso a la propuesta del gobierno de aumentar la duración del servicio militar con el argumento de que Suecia, debido a su reducido tamaño, en ningún caso sería capaz de mantener una defensa autónoma eficiente. Seguramente tenía razón en esta idea. Pero mucho más discutible resultaba su conclusión de recomendar que su país negociara la incorporación al Imperio Ruso para que éste garantizara su defensa. Y rozaba incluso lo pintoresco su opinión de que, dada la larga tradición democrática de Suecia, tal decisión serviría, además, para desempeñar algún papel “civilizador” en el seno del Imperio del Zar.

Y algún tiempo después, iría todavía más allá en la defensa de opiniones problemáticas, lo que le llevaría a la cárcel. En 1980 un joven anarquista fue a prisión por blasfemar en público lo que, en aquella época, constituía un delito en Suecia. A nuestro economista aquello le pareció indignante, porque la ley y la decisión del tribunal violaban, en su criterio, la libertad de expresión reconocida por la constitución. Y no se le ocurrió nada mejor para denunciar el hecho que asumir él mismo el papel de blasfemo. Unos meses después del caso, se anunció en Estocolmo una conferencia a cargo de Wicksell con el prometedor título de “El trono, el altar, la espada y la bolsa de dinero”. El éxito de audiencia fue grande. Pero sus consecuencias traerían no pocos quebraderos de cabeza al conferenciante. En el curso de su intervención, Wicksell aprovechó el momento para satirizar la explicación bíblica de la concepción de Jesucristo y dedicar algunas frases irónicas al papel que en ella desempeñaron el Espíritu Santo y San José. Y aquello gustó poco a las autoridades. Nuestro economista fue procesado y condenado a dos meses de prisión, sentencia que fue confirmada en apelación por un tribunal superior. De una forma muy civilizada, eso sí, le permitieron elegir la prisión que quisiera para cumplir su condena y aprovechó su estancia en la cárcel, con casi sesenta años de edad para escribir un ensayo sobre la teoría de la población.

Aún viviría Wicksell bastantes años más; y parece que, cuando murió, en 1926, se había olvidado de las cuestiones teológicas y estaba escribiendo un artículo sobre la teoría del interés en un libro homenaje al economista austriaco Friedrich Von Wieser. El tema era, seguramente, menos atractivo para el público en general. Pero no cabe duda que Wicksell lo conocía mucho mejor.

Francisco Cabrillo: Economistas extravagantes. Ed. Hoja Perenne, Madrid, 2006

Probablemente, la contribución más influyente de Wicksell fue su teoría del interés. Efectuó una distinción clave entre la tasa de interés natural y la tasa de interés bancaria. La tasa de interés bancaria era la tasa de interés del mercado de capitales; la tasa de interés natural era la tasa de interés a la que la oferta y la demanda se equilibraban en el mercado de bienes reales. Si la tasa de interés natural no era igual a la bancaria, la demanda de inversión y la cantidad de ahorro no se igualarían. Por ejemplo, si la tasa de interés bancaria disminuye por debajo de la tasa natural, la demanda de dinero para invertir aumentará y los ahorros disminuirán, incrementando el consumo, lo que llevará a una expansión económica,

y al contrario. En definitiva, es la diferencia entre ambas lo que hace que la economía se expanda o se contraiga, con lo que elabora una teoría de los ciclos económicos.

4. Schumpeter, el aristócrata

¿Es posible ser catedrático de economía y vivir como se supone que debería hacerlo un caballero? Poca gente en la actualidad pensaría que esto puede conseguirse; pero lograr hacer compatibles estas dos cosas fue algo que siempre estuvo en la mente de uno de los economistas más originales e importantes del siglo XX, Joseph Alois Schumpeter.

La vida de nuestro personaje pasó por vicisitudes muy diversas. Nacido en el año 1883 en Triesch (Moravia) entonces parte del Imperio Austro Húngaro, y estudió Derecho y Economía en Viena. En 1907 fue a Inglaterra a ampliar estudios y allí se casó con una mujer bastante mayor que él. La nueva pareja marchó pronto a Egipto y allí Schumpeter ejerció como abogado en el Tribunal Internacional de El Cairo. De regreso a Europa, fue catedrático en Austria antes del estallido de la I Guerra Mundial. Y en los años que siguieron al conflicto fue, durante algunos meses, ministro de Hacienda, banquero y, finalmente, catedrático en la Universidad de Bonn. En los últimos años de su vida explicaba que, cuando era joven quería tener una vida plena, de la que no estuvieran ausentes la economía, la política, la ciencia, el arte y el amor. Pero-añadía- sólo había acertado cuando se había separado de ese plan de vida, ya que para tener éxito, siempre hay que concentrarse en algo.

En 1932 se trasladó a los Estados Unidos como catedrático de economía de la Universidad de Harvard. Allí rehízo su vida y se casó (ya era su tercer matrimonio) con una norteamericana que sería quien, años más tarde, publicaría el libro inacabado al que Schumpeter había dedicado mucho tiempo a lo largo del último periodo de su vida, su monumental Historia del Análisis Económico. La obra científica que llevó a cabo en aquellos años fue realmente impresionante. Su visión de la economía iba más allá del estudio de problemas específicos, lo que le permitió construir una de las últimas grandes teorías sobre el desarrollo del capitalismo. Su conclusión no era optimista para alguien que realmente admiraba ese sistema económico. En su opinión, el capitalismo acabaría desapareciendo, víctima de su propio éxito, ya que la gran empresa podría acabar asumiendo las funciones del empresario innovador, figura que para él constituía el elemento clave que explicaba el progreso económico del mundo occidental.

En Boston era un catedrático distinguido. Pero parece que siempre echó de menos la vida de Viena de comienzos de siglo, sin duda más atractiva que la de un campus universitario

norteamericano, aunque se tratara de un centro tan prestigioso como Harvard. En los años cuarenta calculó la cifra necesaria para vivir como un auténtico caballero... y la cifra resultó tan elevada que demostró que la cátedra y la buena vida eran realmente incompatibles.

Multitud de economistas, a lo largo del tiempo, podemos asegurar la veracidad de esa afirmación. Pero, como afirmaba un viejo amigo suyo, Schumpeter siempre quiso trabajar en la Universidad, pero cobrar un sueldo muy superior al de un catedrático de universidad.

No fue, ciertamente, la modestia, la virtud más característica de nuestro economista. Le gustaba decir que había tenido tres objetivos en la vida: ser el mejor economista del mundo, ser el mejor jinete de Europa y ser el mejor amante de Viena. Y, a continuación, con un gesto de falsa humildad, decía que, de estos tres objetivos, sólo había conseguido dos. Nunca quiso decir cuáles eran. Pero no cabe la menor duda de que se sentía feliz al dejar perplejo a su interlocutor. Falleció Schumpeter en 1950. Sesenta años después, nos seguimos preguntando cuál de sus tres planes falló.

Francisco Cabrillo: Economistas extravagantes. Ed. Hoja Perenne, Madrid, 2006

Schumpeter destaca por sus investigaciones sobre el ciclo económico y por sus teorías sobre la importancia vital del empresario en los negocios, subrayando su papel para estimular la inversión y la innovación que determinan el aumento y la disminución de la prosperidad. Popularizó el concepto de destrucción creativa como forma de describir el proceso de transformación que acompaña a las innovaciones.

La principal aportación de Schumpeter es la concepción cíclica e irregular del crecimiento económico, desarrollada en 1911 en su *Theory of Economic Development*. En ella recoge su teoría del “espíritu emprendedor” (entrepreneurship), derivada de los empresarios, que crean innovaciones técnicas y financieras en un medio competitivo en el que deben asumir constantes riesgos y beneficios que no siempre se mantienen. Todos estos elementos contribuyen a que el crecimiento económico sea irregular.